

mas populares haya insertado una noticia, escrita por Adolfo Muller, observador bastante experto, quien asegura que se ha encontrado un cuclillo cubriendo sus huevos. Seguramente se ha tomado un chotacabra por un cuclillo; no de otro modo podría explicarse un error tan craso. Lo positivo, es decir, lo que resulta de diversas observaciones respecto á la reproducción de nuestra ave, es que el cuclillo deposita sus huevos en un gran número de nidos de aves cantoras para que se los cubran. Actualmente conocemos ya unos setenta padres adoptivos de diversas especies, y no cabe duda que el número aumentará considerablemente á medida que conozcamos con mas exactitud toda el área de dispersion de esta ave extraordinaria.

Por mi parte sé que se han encontrado huevos del cuclillo en nidos de pinzon, de nevatilla, de jilguero, de verdon, de pardillo, de emberiza amarilla, de cincramo de los cañaverales, de androna moñuda, comun y de los árboles; de grajo, de urraca, deruiseñor, de petirojo, de cuello azul, de los dos colirijos, de collalba, de tordo, de mirlo, de curruca de los jardines, de troglodita, de pipi oscuro, del de los prados y de los árboles; de agrodromo campestre, de reyezuelo ordinario y de triple faja, de paro carbonero, de tórtola y de paloma zurita. De todos estos nidos, los de los calamohéripidos, de las curruca y de las emberizas son los que prefiere el ave; otros hay de que no hace uso sino en caso de extrema necesidad, probablemente tambien por equivocacion.

Al enumerar los padres adoptivos del cuclillo, quisiera advertir que no me parece se pueda afirmar con seguridad completa que todos los huevos designados como de cuclillo lo son en efectó. Es muy posible, y hasta probable, que los mas expertos recolectores se equivoquen y hasta no exageraria al decir que en ciertos casos es imposible reconocer la diferencia entre un huevo de cuclillo y uno de los padres adoptivos cuando son iguales en tamaño y color.

Los huevos del cuclillo, muy pequeños en proporcion á las dimensiones del ave, apenas son tan grandes como los del gorrion; difieren muy poco de los de este por la forma y tienen las mitades desiguales; de modo que su mayor diámetro trasversal se halla mas cerca de la extremidad gruesa, que es ligeramente redondeada, mientras que la mitad mas larga se adelgaza bruscamente; la cáscara es muy tenue, brillante y fácil de romperse, y sus poros no se pueden observar sin microscopio; cuando es fresco, su color predominante es un verde amarillo mas ó menos vivo, con mezcla de manchas de un gris violeta ó verdoso pálido, y puntitos pardos muy marcados. Los huevos, no obstante, pueden ser mayores ó menores, de forma y color mas variables que los de ninguna otra especie cuya reproducción conocemos; pero siempre se parecen mas ó menos á aquellos junto á los cuales los coloca, resultando de aquí, que según las localidades, predomina tan pronto una variedad como otra. La hembra no pone mas que un huevo en el mismo nido, ó cuando mas dos, y solo en el caso de haber ya otros. Es probable que no los deposite sino en los nidos de una misma especie, á menos que no se vea en la precision de hacerlo de otro modo. Este hecho ha sido descubierto primero por Baldamus, por lo cual me he servido casi de sus propias palabras.

Segun las recientes observaciones, estoy conforme en lo esencial con los datos anteriores. Es verdad que se encuentran en muchos nidos huevos que difieren de los de los padres adoptivos, y algunas veces tales que ni siquiera se parecen: en mi concepto proceden de las hembras de cuclillo que no pudiendo encontrar un nido conveniente, y obligadas por la necesidad de poner, hubieron de contentarse con otros. Si se comparan los huevos del cuclillo, no solamente con los de los padres adoptivos, sino tambien con los de to-

das las aves pequeñas que dentro de una region determinada fueron elegidas para criar los polluelos, se observará seguramente su semejanza con los de alguna de ellas. Esto lo ha dicho Passler hace dos años: fundándose en sus concienzudas experiencias, este naturalista cree que el huevo primitivo se parece á los del nido á que va destinado; pero puede suceder que la hembra del cuclillo, que produce en el mismo año solo huevos del mismo color, no encuentre siempre los padres adoptivos convenientes y los deposite por lo tanto en nidos de aves cuyos huevos difieren de los suyos. Apenas se podría dudar que una hembra de cuclillo elige siempre en cuanto le es posible los nidos de una misma especie de aves; y parece por lo menos muy probable que prefiera aquella á que debe su origen.

«Las hembras, dice Walter, conocen perfectamente el nido donde fueron criadas y saben distinguir sus padres adoptivos de otras aves; pues en la última semana de su permanencia en el nido, su inteligencia se ha desarrollado ya tanto como su cuerpo, y las que, por ejemplo, salieron bien del nido de un reyezuelo, no tendrán razon para entregar al año siguiente su huevo á otra ave. La bien arreglada vivienda del reyezuelo, habiála protegido de los temporales y pedriscos, cuando á principios de junio estalló la tempestad, y natural es que no lo olvide.»

Otras observaciones del citado ornitólogo hacen suponer que lo mismo sucede, poco mas ó menos, con todas las demás aves. Así, por ejemplo, Walter encontró huevos de cuclillo de igual color solo en los nidos del calamodo, otros en los del acrocéfalo y algunos exclusivamente en los de la curruca comun, á pesar de que habia en todas partes numerosos nidos de especies congénicas. Parece, por lo tanto, que la hembra del cuclillo distingue muy bien entre los diferentes nidos, y precisamente esto hace suponer lo dicho antes. Mis observaciones sobre el paso de una hembra por varios distritos me inducen á creer que su vida es tan vagabunda por necesidad, porque ha de buscar nidos convenientes por todos conceptos.

Cuando las condiciones para la reproducción del cuclillo son muy favorables, es decir, cuando encuentra en un mismo sitio muchos padres adoptivos de la misma especie, se observará que los huevos se parecen en general de un modo sorprendente. Sin embargo, se puede asegurar que muchas hembras de cuclillo visitan un mismo distrito para poner, pues á menudo se encuentran en un espacio muy limitado varios huevos de esta ave, tanto de color diferente como igual ó por lo menos parecido, y de idéntico desarrollo, dándose hasta el caso de hallar dos ó tres en un mismo nido, precedentes sin duda de varias hembras.

Walter encontró en 1876, en un solo día, cuatro huevos de cuclillo del todo frescos en una superficie que no excedia de la cuarta parte de una hectárea, circunstancia por la cual supuso con razon que al menos cuatro hembras habrían visitado aquel lugar. Podria demostrarse una analogia entre el color de estos huevos y el de los de cierta especie de padres adoptivos, no en todos los casos, pero sí en los mas; y parece cuando menos posible que la hembra del cuclillo los ponga semejantes á los de las aves que los adoptaron.

Antes de poner el huevo, la hembra sale á buscar nidos; el macho no la acompaña, ni tampoco parece hacer caso de su progenie. La hembra busca los nidos del modo mas diverso, ya volando ó trepando por los arbustos, ó bien observando las aves que elige como padres adoptivos. «Dos veces en este año, y una en el anterior, dice Walter, pude observar á la hembra del cuclillo cuando buscaba los nidos. La primera vez, hallándome oculto junto al agua, vi llegar al ave desde la orilla opuesta y posarse en un álamo negro inme-

diato á mí; muy pronto se dirigió á un sauce próximo, perseguida ya en su vuelo por un acrocéfalo, y tan activamente, que el ave hubo de hacer mil evoluciones para evitar los ataques de su enemigo. Con gusto vi el ímpetu del pequeño cantor, que no renunció á la persecucion al pasar el cuclillo por el primero y despues por el segundo arbusto. Cinco minutos despues remontóse el cuclillo y se alejó. Entonces examiné cuidadosamente los arbustos y encontré en el segundo un nido del acrocéfalo con dos huevos. Despues de anotar por escrito el resultado en el sitio mismo, continué mi camino, y á las nueve de la mañana siguiente busqué otra vez el mismo sitio. En el nido ví dos huevos del acrocéfalo y uno de cuclillo; pero en el borde de aquel hallé otro de la primera de dichas aves, roto en parte, y que evidentemente habia sido arrojado por el cuclillo. Hice mi segunda observacion en una pradera: tenia la vista fija en un ave que en la yerba recogia material para la construccion del nido, y que se alejó con él muy pronto. En el momento de dirigirme al sitio donde el ave se habia posado, me tomé la delantera un cuclillo que habia salido sin duda con la misma intencion que yo, es decir, á buscar nidos del ántido. Llegaba el bosque vecino en linea recta hácia el sitio donde estaba oculto el ántido; revoloteó como nunca lo habia visto hasta entonces en un cuclillo, elevándose á varios metros de altura sobre la pradera; posóse y volvió á remontarse en seguida para revolotear otra vez algunos pasos mas allá. El acrocéfalo se elevó despues, y el cuclillo, bajando al sitio abandonado por él, permaneció un rato entre la yerba, volviendo despues al bosque. Al principio busqué en vano el nido; pero cuando al cabo de media hora se dirigió el ántido al sitio abandonado por el cuclillo, conseguí hallar, corriendo rápidamente hácia él, y por la circunstancia de haberse elevado el ave á pocos pasos de mí, el nido casi acabado y muy oculto. Desgraciadamente, mis negocios no me permitieron ir los días siguientes al mismo lugar para cerciorarme de la existencia de un huevo de cuclillo. Este último, como hemos visto, habia encontrado el nido mas bien observando que buscando.» Venciendo su timidez ordinaria, llegan muchas veces á las inmediaciones de las casas y hasta el interior de los edificios, por ejemplo, de los graneros y pajares. La hora de poner sus huevos no es fija; en la mayoría de casos lo hacen en las horas de la mañana; pero tambien se ha visto que á veces los depositan por la tarde. Si lo permite el sitio ó la construccion del nido, la hembra pone en este, y en caso contrario lo deja en el suelo; cógelo despues con el pico y lo lleva así al nido. Este último dato está confirmado por observaciones esencialmente conformes, y entre otras una de Liebe. «En 1871, me escribe este ornitólogo, vi en el sitio ya descrito y muy cómodo para las observaciones, una hembra de cuclillo que estaba posada en el suelo con el plumaje erizado; levantóse despues, recogió algo con el pico y lo llevó á un arbusto de pinos vecino. Allí habia, como reconoci al punto, un nido de curruca, y junto á tres huevos de esta ave vi otro del cuclillo, caliente aun. Era evidente que este último habia puesto su huevo en el suelo, llevándole despues en el pico al nido, á pesar de que, hallándose este en una especie de nicho natural, hubiera podido muy bien depositarle en él. Por lo demás, era un nido abandonado, y á los quince días encontré aun los huevos intactos y frios.» Adolfo Muller vió cierto día como un cuclillo se agitaba cerca de un nido de motacilla, inclinando la cabeza y moviendo las alas y la cola; de pronto comenzó á temblar, extendió las alas un poco, permaneció un rato agachado, recogió despues el huevo puesto con el pico muy abierto, y moviendo de continuo la cabeza, llevólo al nido de los padres adoptivos. Otra observacion de Liebe confirma

tambien el hecho de que la hembra de cuclillo pone su huevo en el suelo. «En 1873, añade el citado naturalista, vi á las cinco y media de la mañana, en un monton de piedras del camino, un ave de regular tamaño, que erizaba el plumaje de tal modo, que á pesar del anteojo no pude reconocerla. Al llegar á unos ciento cincuenta pasos de distancia alejóse, y entonces vi que era una hembra de cuclillo. Cuando llegué al monton de piedras hallé sobre una de estas un huevo de cuclillo roto, que debia haber sido puesto hacia pocos momentos, pues aun se desprendia un ligero vapor.» Baldamus, sin duda el mejor conocedor de esta ave parásita, ha observado tambien repetidas veces que la hembra pone sus huevos en el suelo. Cierta día sucedió así hasta en el patio interior de la casa del guarda bosques Verster, en Noorddijk, cerca de Leiden. Un cazador encontró un cuclillo en el canalizo del patio, y á su parecer enfermo y moribundo; levantólo y fué á presentárselo á su amo que le tomó para examinarle. A los pocos minutos Verster sintió en la mano cierto calor, y vió que era producido por un huevo del ave, la cual escapó alegremente, á la vista de los dos hombres, por la ventana abierta. Baldamus posee aun hoy el huevo, cuya cáscara es un poco deprimida. A menudo sucede que la hembra entra para poner su huevo en huecos por donde no puede pasar sin gran trabajo, y varias se han cogido en tales casos porque no podian volver á salir.

Despues de haber depositado el huevo, la hembra fija su atencion en el nido, vuelve repetidas veces á él, y saca huevos y aun polluelos; pero nunca los suyos. Walter niega el hecho. «El cuclillo, dice, tiene mala fama como ladron de nidos, que no solo echa fuera los huevos, sino tambien devora alguno de ellos. Si se observara bien se veria que el ave no es tan bárbara como lo parece, pues no hace mas que las demás aves; todas en general se revuelven al construir el nido, para comprimir el material que sobresa, comunicándole una forma redondeada; esto lo hacen hasta poco antes de poner el huevo y asimismo procede el cuclillo. Los huevos extraños que hay en el nido no son para él otra cosa sino objetos superfluos; en su consecuencia oprime el cuerpo contra las paredes, y describiendo un círculo, echa fuera los huevos ó los aplasta en el fondo del nido. Si este es demasiado estrecho para poder revolverse, saca los huevos con el pico, lo mismo que otras aves quitarian del nido objetos que no las pertenecen. Los huevos pequeños se rompen muy fácilmente, y si lo mismo sucede al cuclillo con el suyo al llevarle al nido, mas fácilmente aun sucederá con los mas delicados de los padres adoptivos á los cuales no debe, además, consideracion alguna. Cuando se le rompe el huevo y su contenido le llena el pico, se lo traga.» Walter cita una serie de pruebas en apoyo de su aserto: así como otros observadores, tambien él ha encontrado repetidas veces nidos que contenian un huevo de cuclillo, y junto á él habia otro de los padres adoptivos, aplastado en el fondo. Asimismo ha observado mas de una vez como el cuclillo se revolvia y además le ha visto romper su propio huevo al cogerle con el pico. Paessler y otros, por el contrario, aseguran haber visto que la hembra del cuclillo saca del nido un huevo de los padres adoptivos, y que mas tarde se lleva hasta los polluelos. A esto contesta Walter, con mucha razon, que no puede haber hijuelos, y que de consiguiente no es posible que se los lleve, puesto que la hembra del cuclillo visita diariamente el nido y saca los huevos, sin contar que al volver repetidas veces para robarlos, su número debe disminuir, lo cual no sucede, como lo enseña la experiencia. «Nunca he observado, dice, al visitar mas tarde los nidos que contenian un huevo de cuclillo, una disminucion en el número de los de los padres adoptivos, y si muchas veces un aumento. Las aves no suelen poner el número completo



de huevos cuando el cuclillo ha depositado primero el suyo, porque este ocupa ya bastante lugar. Sin embargo, he encontrado todos los años una ó dos veces los huevos completos. Despues de haber depositado la hembra del cuclillo su huevo, es decir cuando esta no ha encontrado aun otros, las aves suelen poner tres mas, y los cubren en seguida.» Baldamus, que ha revisado mi descripcion del cuclillo, opina, como Walter, que la hembra no saca todos los días un huevo de la madre adoptiva del nido, ó que al menos no lo hace con intencion; pero puede suceder, en su concepto, que á causa de verse molestada por los propietarios del nido continuamente, se rompan uno ó varios huevos, los cuales echa despues fuera, pues si quedase un huevo roto en el nido, sus propietarios legitimos lo abandonarían sin duda.

Esto prueba ya cierto cuidado de la hembra de cuclillo para con su progenie, y las observaciones de Baldamus lo demuestran además hasta la evidencia. Como este naturalista ha dicho ya en sus *Cuentos de aves*, librito muy gracioso, fúndase principalmente en dos observaciones recientes. Cierta día del mes de junio, á las seis de la tarde, hallándose Baldamus cerca de Halle, en la orilla izquierda del Saale, oculto detrás de un sauce, vió como un cuclillo, llegando de la orilla opuesta, cruzó sobre la corriente en direccion á la márgen opuesta, muy escarpada, y desapareció. Baldamus, fijándose en el sitio, acercóse á hurtadillas por detrás de la espesura, se inclinó y vió al cuclillo en un nido, con el plumaje erizado y cerrados los ojos, señal de que estaba poniendo el huevo. A los pocos minutos se alisó el plumaje, abrió los ojos, y al ver á Baldamus emprendió el vuelo hácia la orilla opuesta, desapareciendo en la espesura. En el nido de motacilla estaba el huevo del cuclillo, aun caliente, y asemejábase mucho á los de los propietarios del nido. Despues de dudar corto rato sobre si debía tomar el huevo ó aprovecharse de la ocasion para hacer mas observaciones, decidióse por lo último. Baldamus volvió á colocar el bonito huevo en el nido, ocultóse de modo que pudiera divisarle, y á los pocos minutos vió al cuclillo volver; el ave sacó el huevo del nido con el pico y llevólo á la orilla derecha. Tambien el hecho siguiente prueba el cuidado de las hembras por su progenie. En 1867, á fines de mayo, Baldamus se hallaba en la Engadina superior para recoger nuevas observaciones. El 6 de junio, el guardabosque Silaplana le dijo que habia encontrado en un nido de ántido un cuclillo que acababa de salir del cascara, y que estaba á pocos pasos de una choza, al pié del pico del Piz Monteratsch sobre una pequeña superficie sin nieve y cubierta de larga yerba del año anterior. Baldamus se dirigió al sitio indicado y despues de buscar en vano entró en la choza; pero poco despues vió saltar de un abeto un cuclillo, que fué á posarse en el sitio cubierto de yerbas. Con ayuda de sus buenos anteojos, el naturalista observó muy bien como el cuclillo inclinaba repetidas veces la cabeza, ocupándose en algo, despues de lo cual volvió al abeto para reunirse con el macho, que desde allí le llamaba continuamente. Cuando Baldamus llegó al nido, ya descubierto, encontró un polluelo que á lo mas tendria veinticuatro horas, tres huevos de ántido ileso cerca del nido, y otro mas léjos entre la yerba. Todos los huevos de que salieron los polluelos, ya muy desarrollados, se conservan como pruebas en la coleccion de Baldamus.

Despues de tales observaciones, que no dejan la menor duda, apenas puede negarse el cuidado de las hembras de cuclillo; el que estas le tengan en todos los casos ya es otra cuestion. Así, por ejemplo, no es prueba de gran cuidado el hecho de poner la hembra su huevo en nidos destinados á la incubacion ó que ya están abandonados. Casi todos los ornitólogos que observan con atencion, encuentran huevos de cuclillo en nidos abandonados ó no concluidos: Liebe, y

tambien Paessler, reconocieron el hecho en uno de saxicola, y Walter en los que el reyezuelo se construye, no para empujar, sino para dormir.

El período del celo del cuclillo dura mientras grita, y depende por consiguiente, no solo del tiempo sino tambien de la region; así, por ejemplo, en el norte ó en la montaña alta comienza mas tarde; pero se prolonga mas que en el sur y en la llanura. Tambien se rige la reproduccion del cuclillo, como toda su vida, por la de las aves pequeñas. Con bastante sorpresa oí á la altura del Riesengebirge, aun á fines de julio, el grito del cuclillo, mientras que á seis ú ochocientos metros mas abajo permanecia silencioso hacia ya mucho tiempo. En la altura casi desnuda, cubierta solo de abetos enanos, el ántido acuático ocupábase aun en la segunda cria, razon suficiente para que el cuclillo se dirigiese á la altura que los meses anteriores solo habia visitado pocas veces. Me atrevo á deducir de esta observacion que el cuclillo viaja mientras pone sus huevos, para buscar nidos convenientes.

Sobre el tiempo que media entre la puesta de uno y otro huevo hay diferentes opiniones. Mientras que los mas calculan de seis á ocho días, Walter asegura haber observado que dos cuclillos ponian al menos dos huevos por semana, y alega en pro de su aserto observaciones que parecen confirmar el hecho. Tambien vió, no obstante, que una hembra necesitó seis días para poner el segundo huevo, y considera como exacta la observacion de los ornitólogos que calculan el intervalo en seis á ocho días. Cree sin embargo que un intervalo tan largo puede resultar del cansancio que se observa en todas las aves cuando ponen. Si pudiese probarse que la hembra del cuclillo pone, en efecto, cada tres ó cuatro días un huevo, resultaria para todo el período de su reproduccion unos veinte á veinticuatro, y solo esta circunstancia daria una explicacion suficiente del hecho de que los cuclillos no cubran por sí mismos los huevos, pues ninguna pareja de aves podria criar tantos polluelos, tan voraces ya desde el primer día de su existencia. Por mucho que pueda alegarse en pro de esta opinion, no está sin embargo demostrada aun tal productividad y parece de consiguiente que no podemos fundar aun en ella la citada explicacion.

«Es curioso, dice Bechstein, observar con qué placer ven las aves á la hembra del cuclillo acercarse á su nido: en vez de abandonar los huevos, como lo hacen cuando aparecen un hombre ó un animal, diríase que experimentan mucha alegría. La hembra del troglodita, si se halla cubriendo, salta del nido cuando llega la del cuclillo, y la deja lugar para que ponga á su gusto; despues da saltitos alrededor, y á sus alegres gritos llega el macho, que parece enorgullecerse por que un ave tan grande honre su nido.»

En otro sitio añade Bechstein lo siguiente: «La griteria de las aves pequeñas al ver un cuclillo pudiera deberse á la buena inteligencia que reina entre este y los padres adoptivos, ó mas bien á una expresion de alegría. Quizás le llamen para que les dé á criar algun polluelo. El que comprende el lenguaje de las aves creará sin duda esta opinion mas exacta que la de los que suponen que esos sonidos son gritos de terror lanzados por las aves cuando, engañadas al pronto, creen ver en el cuclillo, á causa de sus alas y de su vuelo, al temible halcon, tan peligroso para ellas.»

Todo esto es encantador, pero desgraciadamente no es verdad: todas las aves, que por su mala suerte están destinadas á criar un cuclillo, manifiestan gran temor por el peligro que las amenaza, y procuran por todos los medios alejar al ave.

Conocen muy bien al cuclillo y ninguna de ellas le toma por un halcon; esto lo ve hasta el mas inexperto, si observa un poco detenidamente. Cierta que á las aves pequeñas les

gusta provocar á los halcones profiriendo agudos gritos; pero su manera de proceder es muy distinta, y nunca son tan osadas como en sus ataques contra el cuclillo. He observado un sinnúmero de veces que no solo persiguen á esta ave cuando vuela, sino tambien cuando está posada tranquilamente en un árbol. Sin duda les atrae el bien conocido grito y se precipitan volando hácia ella, haciendo mil evoluciones al emprender sus ataques; tambien proceden así con los buhos, pero nunca con los halcones. Al obrar así contra el cuclillo parecen bien convencidas de su seguridad, y tal es su atrevimiento y pertinacia, que el ave se ve obligada, no solo á interrumpir sus gritos sino tambien á defenderse. Para esto menudea los picotazos, lanzando el sonido expresado por *saerr*; pero raras veces le sirve su defensa, pues á cada momento se precipitan las aves pequeñas sobre el odiado parásito, en cuyo caso comienza la verdadera caza. Cuando se acerca el cuclillo á un nido, sus propietarios demuestran con gritos y movimientos cuánto temen por su cria; por otra parte al cuclillo no le gusta poner en presencia de los padres adoptivos. Llega como un ladrón nocturno, deposita su huevo y huye al instante. No es menos curioso ver algunas aves, que no pudiendo sufrir el menor desarreglo en su nido, ni que le toquen siquiera, respetan sin embargo el huevo del cuclillo, al paso que tiran otros mezclados con los suyos, y siguen cubriendo aunque el parásito les arrebatase los que ellas pusieron. Aborrecen al cuclillo, pero no rehusan cuidar de sus huevos y de su progenie.

En el momento de salir del cascara, el pequeño cuclillo es muy imperfecto; pero se le reconoce fácilmente, segun Naumann, por su gran cabeza, á la que comunican un aspecto mas informe los desmesurados ojos; crece rápidamente, y aparece mas hediondo cuando comienzan á apuntar las plumas en su negruzca piel. Me han dicho que una vez se creyó á primera vista que un cuclillo recién nacido era un sapo. Cierta individuo jóven que Paessler encontró el 21 de junio, tenia ya doble talla el 24; estaba cubierto de rudimentos de plumas, su color era azul negruzco, y aun permanecian sus ojos cerrados. El 2 de julio llenaba ya todo el nido; la cabeza, el cuello y la rabadilla sobresalian del borde; tenia los ojos abiertos; las cobijas de las alas eran pardas y el vientre carecia de plumas. El 5 del mismo mes habia abandonado ya el nido.

Fácilmente se comprende que el desarrollo no se verifica en todos los cuclillos del mismo modo. El uno necesita mas tiempo, el otro menos; este es quizás mas feo que el otro, aquel mas bonito; pero en general se pueden considerar como exactos los anteriores datos de Naumann y Paessler. Por torpe que sea el ave al salir del cascara, siempre se distingue por su voracidad. Necesita mas alimento del que pueden darle los padres adoptivos, y lo coge, cuando tiene hermanos adoptivos, del mismo pico de estos; si no mueren de hambre ó los mata su madre, acaba por echarlos del nido. Esto explica que siempre se encuentre solo un cuclillo algo desarrollado. Friderich ha reconocido por sus propias observaciones que el cuclillo arroja intencionalmente á los hijuelos de sus padres adoptivos fuera del nido. Friderich tenia un cuclillo pequeño, casi sin pluma, que solo contaba unos tres días de edad, y como estaba solo en el nido, dióle por compañeros unos canarios de ocho días. La traviesa avecilla no descansó ya hasta que hubo puesto uno de aquellos sobre su dorso; despues se irguió, retrocedió bruscamente y echó fuera á uno de los pequeños canarios, procediendo despues del mismo modo con los otros.

Friderich hizo su segunda prueba con unas bolitas de papel en vez de aves, y apenas puestas en el nido, sufrieron la misma suerte. Los experimentos posteriores con cuclillos de

mas edad dieron siempre el mismo resultado. Walter repitió y completó las pruebas de Friderich: colocó un huevo en el nido de un reyezuelo que contenia un pequeño cuclillo; pero con gran sorpresa suya, no fué arrojado, así como tampoco algunas bolitas de papel depositadas mas tarde. Cuando el cuclillo tuvo siete días, Walter le dió por compañero un enneoctono aun sin pluma y algo mas jóven. El cuclillo se volvió en seguida, puso la parte posterior de la cabeza debajo del enneoctono y arrojólo hábil y seguramente fuera del agujero. De repetidos experimentos resulta que los huevos puestos en el nido no llaman la atencion del ave, mientras que todos los polluelos son arrojados del mismo modo. Cuando dos cuclillos salen del cascara en un mismo nido, el mas débil sufre la misma suerte, como en otro caso los hermanos adoptivos. Este proceder se podria considerar como un egoismo hereditario, ó al menos como instinto indispensable para la conservacion del cuclillo; la palabra no cambia el hecho. Notable es una observacion de Berucklacher: puso un cuclillo pequeño, cubierto ya de pluma, en el ángulo del pié de una ventana, frente á un nido de cuatro pinzones, que contaban solo doce días. El cuclillo permaneció algunas horas quieto en su rincon, donde se le dió su alimento; pero de pronto procuró moverse, y avanzando poco á poco, dirigióse en línea recta hácia el nido de pinzones. Una vez llegado empezó á trepar, tomó posesion del borde, avanzó con el pecho, y al cabo de dos horas apoderóse del nido á pesar de la resistencia de los propietarios legitimos. Para lograr su fin no hizo mas movimiento que el de comprimir el pecho contra el nido, aleteando para molestar á los pinzones con el aire; estos se acercaron al borde, y aunque allí se mantuvieron algun tiempo, cayeron poco á poco. Despues de haber conquistado de este modo el nido, el cuclillo se mantuvo firme en él. «Por poco cortés é imperdonable que sea este acto, concluye Berucklacher, debo confesar sin embargo que habia echado fuera á los propietarios de la manera mas graciosa.»

La ternura de las aves pequeñas, que en esta ocasion se observa, manifiéstase sobre todo en la cria del cuclillo. Con un afecto verdaderamente conmovedor, llevan al voraz polluelo, que ocupa solo en el nido el lugar de la legitima cria, un abundante alimento; ofréncenle escarabajos, moscas, caracoles, orugas y gusanos y trabajan desde la mañana hasta la noche sin satisfacerle ni poner término á su continuo y ronco *sis, sis, sis*. Cuando sale del nido le siguen aun muchos días, pues muy pronto vaga á su antojo por los alrededores. A veces sucede que no puede salir de la estrecha abertura de un hueco de árbol, y entonces sus padres adoptivos permanecen allí hasta muy entrado el otoño, solo para alimentarle. Se han observado hembras de motacilla que nutrian aun á sus hijos adoptivos cuando todos sus congéneres habian comenzado ya su viaje hácia el sur. Semejante ternura no llega sin embargo hasta el punto que ha indicado Bechstein. «Cuando sale, dice este autor, pósase sobre un árbol vecino, se estira varias veces, limpia sus plumas y deja oír por primera vez su ronco grito. Tan luego como el agudo *girre* ha resonado algunas veces en los contornos, todas las aves pequeñas acuden; robéculas, curruacas, hipolaidos y taraleidos, le saludan, le miran por todas partes, alégranse de verle y le traen todo el alimento posible, de modo que no puede abrir bastantes veces el pico. Es curioso observar cómo toda ave quiere tener la preferencia en servir á esta desconocida, y cuando pasa de un árbol á otro para ejercitarse en el vuelo, tambien la acompañan las aves y aliméntanle hasta que pueda prescindir de su ayuda.»

Lo malo es que en todo esto hay mucha exageracion: mi padre puso un día en el tejado de la casa un pequeño cuclillo hambriento, y varias nevatillas y colirojos que revoloteaban